

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

DISCURSOS

LEIDOS EN LA RECEPCION ACADEMICA
DE LOS ILUSTRISIMOS SEÑORES

DON MIGUEL OLMEDO MORENO
Y
DON GONZALO MORENO ABRIL

EN LA SESION PUBLICA EXTRAORDINARIA CELEBRADA EN EL
SALON DE CABALLEROS VEINTICUATRO
DEL PALACIO DE LA MADRAZA
EL DIA 12 DE JULIO DE 1978



GRANADA

1978

EXCMO. SR.:
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:
SEÑORAS Y SEÑORES:

Al escribir estas líneas, pensando en el momento en que me voy a presentar como miembro de la Real Academia de Bellas Artes de Granada, se me destaca la necesidad de manifestar mi agradecimiento por la distinción que se me ha hecho y sobresale la satisfacción que me produce recoger la medalla número diecisiete que perteneció a don Valentín Ruiz Aznar. Sé lo que esto me obliga, porque por su gran categoría artística y la calidad excepcional de la persona, representa el espíritu que nunca debiera morir en esta ciudad. También es una gran suerte el que hable de mí don Miguel Olmedo, una de las cabezas más completas y equilibradas que conozco y un amigo en el que siempre se encuentran motivos para aumentar la admiración y el cariño. Presentarnos a la vez, nos va a permitir exponer conjuntamente dos aspectos de una preocupación compartida.

Pero, como es natural, mezclada a estos motivos tan halagüeños, a estas razones para la alegría, se me impone la necesidad de mi justificación ante este hecho, la que, debo confesar, encuentra serias dificultades para satisfacerse,

sabiendo que no se debe interpretar como un premio generoso, que se trata de algo específico y concreto.

Siendo así, me enfrento a los tres conceptos que centran y definen a esta Corporación. Ya estoy ante la Academia sin títulos o reconocimientos oficiales que me avalen y, lo que es más sorprendente, ajeno al "espíritu académico" tal como generalmente se entiende. Porque me siento instintivamente predispuesto a llegar a las cosas, en vez de por el conocimiento reposado y más estable que da el estudio y el reiterado razonamiento, a través de la sensibilidad y la intuición, con el apasionante riesgo que esto supone. Lo que está muy bien para un artista que tiene que jugarse, incluso, su prestigio para descubrir algo que no se da de otro modo, pero pudiera parecer imprudente para las instituciones que, como esta Academia, deben permanecer, por lo que conviene que se mantengan al margen de riesgos innecesarios. Aunque anticipo convicciones, siempre que esto no suponga la renuncia a un cometido, al quedarse fuera de la vida que le rodea, sin salir al paso de los humos que pueden ahogar un espíritu con el que tiene que sentirse participe y responsabilizada.

También es verdad que para entrar en ciertos rincones de ese mundo milagroso y distinto del arte, no hay más puerta que la que únicamente franquean algunos artistas o, mejor dicho, personas sensibles, guiadas por signos que no se pueden reconocer por los procedimientos usuales. Seguramente por esto, las Academias, de siempre, han llamado a su seno a los artistas, eligiéndolos, naturalmente, por el sistema más académico: los títulos oficiales. Lo que, en la práctica, ha conducido a que se interprete este hecho sólo como un premio más, olvidando que fundamentalmente entraña una responsabilidad y un quehacer.

Mis relaciones con el arte sí son ya antiguas y profundas, es una de las cosas que debo al ambiente propicio de mi casa, y me han permitido vivir momentos muy llenos y felices. Creo que a este respecto tengo ideas suficientemente claras como para comprender muchas cosas, aunque cada vez me siento menos predispuesto a las conclusiones terminantes.

De todas maneras, lo normal hubiera sido que yo me presentara hoy aquí como pintor. Lamento muchísimo que no haya sido así, por no haber podido dedicar a esta vocación el tiempo que requiere si se trata de satisfacer una cierta exigencia, pero pienso que aún no estoy ante una situación irreversible y que, con la ayuda de Dios, podré hacer la obra para la que me he preparado con entrega. En todo caso, tanto antes como ahora, lo que voy a intentar será el recreo de mi espíritu, mi justificación a través del entendimiento y la comunicación con las personas y cosas que me rodean. Aunque, naturalmente, me gustaría mucho que mi labor despertara algún interés, éste únicamente será válido si llega a través de la obra sin forzar ni pretender nada distinto.

Así, he ido resbalando hasta situarme ante lo que sí puede considerarse el motivo de mi presencia aquí: esta ciudad. Tengo que reconocer que mi vinculación a Granada me viene a través de raíces muy profundas, casi misteriosas, y que me encuentro muy feliz de que se haya visto en mí algo de esta devoción, aunque sea en esencia un sentimiento egoísta. ¿Qué persona sensible puede no sentirse dichoso al acercarse al espíritu de esta ciudad? Y, siendo así, ¿quién puede permanecer insensible?

Sea como sea, creo haber aportado algo en defensa de lo que entiendo es y debe seguir siendo Granada. Pero conste que no he estado solo en esta labor, por lo que este recono-

cimiento únicamente puedo aceptarlo dignamente pensando en que lo comparto con unos amigos ejemplares, con los que he vivido angustias y sinsabores, aunque también la gran satisfacción de la comunicación a través del interés por este trozo de historia, de paisaje, de vida y belleza, que es aún, pese a un gran esfuerzo en contrario, esta ciudad.

Ahora pienso que tal vez este comportamiento tenga algún parentesco con lo que, en un principio, fue la actitud académica. En cualquier caso y al margen de toda consideración personal, creo que esta Real Academia de Bellas Artes, al valorar nuestra sencilla aportación, ha tenido un gesto positivo que indica que no es ajena a lo que sucede en su entorno. Entiendo que esto puede contribuir mucho al éxito de la labor que requiere nuestra atención, me refiero a la difícil tarea de defender nuestro Patrimonio Cultural y Artístico.

En este empeño, ya hace unos años, hice una especie de análisis resumido de los más importantes factores que determinan el grave estado actual. También puedo presentar una relación de lo escrito y dicho públicamente por *Granada Nuestra*, que daría una idea más completa de los aspectos que nos han ocupado, pero, pensando que mis palabras van precedidas de un trabajo de mucho interés, voy a tratar de exponer unas cuantas ideas que, dentro de la confusión y desentendimiento reinantes, me parece contribuirán a la determinación del "cerco" que limita el crecimiento del gran esfuerzo que requiere esta empresa. Quiero que esto sirva como de marco, aunque sea pobre, junto a lo dicho anteriormente.

Creo que una de las más graves equivocaciones que estamos viviendo, es la de no sacar consecuencias del pasado. El general desentendimiento, cuando no deformación, de todo lo

anterior es un despilfarro que, a escala nacional, nos está conduciendo a la ruina del presente.

No se trata de renunciar a la vida, que ha de conjugarse en todos los tiempos, pero nadie que no tenga algo de suicida puede desentenderse del pasado, porque en él reside la clave de cuanto nos rodea y la razón o sinrazón de lo que hemos perdido; esencialmente pertenecemos a él y sus consecuencias son ineludibles. Pueden ser, por el contrario, de un tremendo valor si las asimilamos, que es una forma de incorporarlas a nuestro presente y hacerlas útiles para el futuro.

Estas ideas, válidas ante la arriesgada aventura que es la vida, están más indicadas al considerar la gran empresa que es la historia, pero me parecen especialmente oportunas al tratar de comprender la tremenda crisis por la que atraviesa la defensa de nuestro Patrimonio Cultural y Artístico. Ya que se trata de uno de los más valiosos productos del pasado, de sus más nobles presencias, que entiendo no podremos retener si no es insertándolas en nuestra realidad actual.

Como presidente de *Granada Nuestra*, me creo obligado a manifestar mi opinión, que es consecuencia de una experiencia y documentación, creo que suficiente.

Siendo ésta bastante amplia, la conclusión a que llego es tan escueta como grave: se pierde el tiempo y se malgastarán esfuerzos si seguimos por los caminos usados hasta ahora. Quiero decir que todo cuanto se diga y se consiga, toda posible movilización de personas y medios, será insuficiente, en cierto modo inoperante, si no se cuenta con unos planteamientos más amplios y directos, que los hasta ahora revelados como ineficaces para contener esta erosión creciente. Comprendo que esta afirmación, ciertamente rotunda,

puede sorprender a quien no ha seguido de cerca el proceso de acelerada destrucción que hemos padecido estos últimos años, mi opinión se fundamenta en el conocimiento que me dá la actuación al frente de *Granada Nuestra*, que puede reconstruirse a través del archivo, y que abarca más de quince años. Para no caer en una extensión y enfoque distinto al que creo debo dar a esta intervención, me atrevo a resumir lo que constituiría una exposición demasiado extensa en unas cuantas consideraciones.

Uno de los medios más extendidos y tentadores, que nosotros hemos utilizado obligadamente, es la denuncia, pero ésta, cuando no es tardía, si no cuenta, como ahora sucede, con una actuación correctora rápida y verdaderamente eficaz, se convierte en la "espoleta" que acelera el proceso de destrucción; el Catálogo Monumental, completo y detallado, por el que tanto suspira Bellas Artes desde hace tiempo, si no está utilizado en un ambiente concienciado y responsable, puede convertirse en una guía para traficantes. Aun mayor importancia que todos estos daños o efectos contrarios a lo que se pretende, tiene y tendrá la actuación de la Administración que, si no está sujeta a una buena normativa, actuará siguiendo criterios personales, en muchos casos totalmente ajenos a ese superior interés general escasamente comprendido; siempre, los móviles egoístas, cuando no existe una buena conciencia colectiva y, sobre todo, un sistema legal eficaz, serán difíciles de frenar, porque incluso pueden comprar colaboraciones valiéndose del desentendimiento o incultura generalizada.

Pero es que también desde las instituciones que, como la Iglesia, depositaria de un legado casi tan importante como el del Estado, a los particulares se desmoralizan y actúan olvidando el compromiso que tienen para con la humanidad,

también por contagio del desentendimiento e irresponsabilidad reinantes.

Ya hemos dicho que se hace necesario empezar por corregir la situación inexplicable que supone el que nuestra riqueza monumental, nuestras obras de arte, los paisajes verdaderamente excepcionales, tanto rústicos como urbanos, que hacen de España un país de privilegio; nuestra literatura y documentación histórica, incluso otras cosas de menor entidad, pero que son el sedimento de la vida e historia de un pueblo glorioso, no hayan existido en nuestra legislación fundamental. Hora es ya de reconocerlo en nuestra Constitución, como un patrimonio inalienable de los españoles, cuyo mantenimiento afecta a su entidad y dignidad.

Esta decisión lógicamente debe ir unida a la revisión y puesta en actualidad de unas leyes específicas que se han evidenciado como insuficientes cuando no contradictorias. La situación del tema a nivel nacional, llevará consigo el que la Administración determine y concrete sus responsabilidades y funciones, que deberá centrar en el organismo adecuado, o sea en Bellas Artes, tratando de eliminar los problemas de "competencia", que es una de las mayores brechas por las que se nos está yendo esta riqueza.

Al mismo tiempo que se ordena la actuación oficial, deberá propiciarse toda posible defensa, tanto a nivel social como individual. Para conseguir lo que nos proponemos se requiere una acción más amplia y bien enfocada, que los planteamientos sean: simples y claros, respetuosos y, no sé si es mucho pedir, sensibles, justos y actuales.

Pensando sobre estas ideas, por otra parte difíciles de concretar, no creo tener que insistir sobre la eficacia que produce la claridad y sencillez; al pedir respeto, incluyo la

necesidad de una preparación adecuada. Pero lo que seguramente va a sorprender más es pretender que, a la hora de desligar o planificar una actuación de la Administración, concorra la sensibilidad. Acepto que esto puede no ser posible en este momento, en cuyo caso, habrá que procurar su incorporación a la hora de interpretar lo legislado o tomar decisiones concretas. La naturaleza de las cosas de que se trata requerirá siempre que esté presente ese espíritu intuitivo y revelador, cuya esencia me permito situar en "un saber antiguo", por encima de los conocimientos usuales.

También esa colaboración puede y debe procurarse a través de la audiencia de las personas y entidades cualificadas en este sentido. Pero, ¿cómo, si no es así, puede pensarse en la salvación de tantos aspectos de nuestro Conjunto Histórico Monumental que nos llegan como resumen o resultado sorprendente en que se mezcla lo sabio con lo natural y lo pintoresco o popular? Pensemos, sin ir más lejos, en el Albaicín o, al andar por nuestra geografía, parémonos en cualquiera de nuestros sorprendentes y bellísimos pueblos, donde podremos ver que, dentro de su impresionante diversidad y riqueza de soluciones, son el resultado de la conjugación de unos cuantos factores sobre el paisaje; esencialmente, el producto de la vida, los ideales, la sensibilidad de un pueblo. Pero ahora, ¿se puede reconocer en ese pueblo, al cual pertenecemos todos, una mentalidad similar capaz de dar frutos parecidos? Reconozcamos que estos valores se han refugiado en una minoría, por otra parte, en trance de extinción. (Por supuesto que estas personas no se pueden localizar dentro de una posición económica o de una clase social, ya que están determinados por valores individuales).

La necesidad de mantener nuestro patrimonio es incuestio-

nable y debe conseguirse a cualquier precio, pero alcanzaremos con más seguridad y menos costo este objetivo, si dicha empresa se plantea dentro de la mayor justicia y haciendo que el esfuerzo, que ésta requiere, gravite sobre todos los españoles. Siempre que se mantenga, naturalmente, la responsabilidad de decisión y tutela que al Estado, como tal, le corresponde. Sería muy bueno que, al mismo tiempo y de manera abierta, se recoja toda posible colaboración para que, de esta forma, los recursos públicos sólo tengan que completar la ayuda necesaria. Ya que aún así, siempre tendrán más instancias que medios, porque España es mucho más rica en historia y arte, que en posibilidades para mantener esa herencia.

Por otra parte es funesto el que el tener cosas que contribuyen al bien general, que interesa conservar a la Nación, bien sea una casa, una obra de arte o una jardín, represente para su dueño una carga fiscal y un condicionamiento muy peligroso, cuando no ruinoso en el aspecto económico.

No quiero superponer ideas, mejor tratadas por el señor Olmedo, pero me parece que, entre las leyes más peligrosas, está la actual de Arrendamientos, y el considerar "como signo externo de riqueza" en el Impuesto sobre la Renta una casa noble o un jardín, sin tener en cuenta el beneficio que éstos pueden representar para la ciudad, (piénsese en los cármenes granadinos), sin pensar en los muy superiores gastos que supondría su mantenimiento por el Ayuntamiento, ni el buen ejemplo que supone. ¿Por qué no se establece un adecuado impuesto sobre las abundantes construcciones feas y disonantes, muchas de ellas costosísimas, que nos están deformando las ciudades? Pero ¿todavía no tienen nuestros ojos capacidad para reconocer lo feo y estridente?

Decididamente los vientos soplan de otro lado, ahora se proyecta la inclusión de las obras de arte, previa valoración oficial, en el Impuesto del Patrimonio, lo que conducirá a la desaparición acelerada de lo que aún queda en España en manos particulares y que el Estado no tiene dinero ni interés en adquirir.

Creo que en la Ley del Suelo los servicios o espacios de uso general deberán gravitar sobre la parcela objeto del plan, e igualmente la conservación de los edificios y elementos que lo merezcan bajo un punto de vista cultural.

Se sabe que el mejor medio de conservar algo es asignarle un cometido. La Administración debería dar ejemplo fomentando el establecimiento de sus oficinas y servicios en edificios monumentales o palacios convenientemente restaurados y acondicionados, al mismo tiempo que favorecer el buen uso de estos por los particulares.

De siempre, el hombre se ha debatido entre lo viejo y lo nuevo. Muchas de las piedras que unas manos hicieron acueducto, anfiteatro o muralla, otras las convirtieron en castillo, monumento o catedral. Es verdad que también el desgarrón de la violencia o el abandono, hicieron que otra parte volviera a la naturaleza de la que había salido, con la que podrían identificarse sin esfuerzo.

Hoy la gravedad de este fenómeno se multiplica por todos sus factores, para bien y para mal, la sociedad es distinta; han cambiado las ideas, ya no interesa lo que se hace por lo que es en sí o representa, sino a través de los beneficios económicos que pueda reportar; a las manos han sustituido las máquinas, capaces de derribar un castillo en un rato, e incluso, lo que se produce tiene unas dimensiones o maneja

unos materiales que se resisten a incorporarse a la naturaleza.

A la hora de tomar postura en los problemas que nos ocupan, también en los ámbitos oficialmente cualificados, es fácil tropezar con el vacío y confusión que produce el enfrentamiento de la dualidad viejo-nuevo. A los que reclaman novedad, se enfrentan los que defienden lo antiguo sólo por serlo, sin entender que el valor que tiene un monumento o una obra de arte, reside en su esencia y se manifiesta en su belleza. Aunque, para ser más exactos, se le pueden sumar los valores que representa el ser generalmente irrepetible; el carácter formativo y de testimonio, el que adquiere por su contribución a un conjunto más amplio, etc., etc.

El concepto actualidad exige una especial y justa consideración, porque, en general, está siendo mal interpretado, hasta dar lugar a un equívoco que se aprovecha para justificar muchos daños y destrucciones. La confusión tiene su origen en que existen dos acepciones de contenido o naturaleza muy distinto. La que podría llamarse novedad, que se alimenta en el presente, y la que está determinada por la esencia de la cosa, lo que ésta es capaz de decirnos.

Dentro del condicionamiento que implica toda comunicación, sorprende que hay creaciones que mantienen ese interés profundo, que también se llama actualidad, de una manera ilimitada, mientras otras, muy recientes, lo pierden y desaparecen para siempre: un periódico o cualquiera de las miles de cosas que se hacen todos los días y un Goya.

Este fenómeno razonable debería conducirnos a una actitud de respeto para todo lo que es parte de la cultura y el arte para, al final, llevarnos a procurar su entendimiento y valoración con justeza y amplitud de criterio. Aunque nunca

sean posibles los resultados absolutos, porque nosotros también estamos determinados por la época a que pertenecemos y es muy difícil conseguir el equilibrio cuando intervienen los sentimientos, estamos obligados a procurar ese acercamiento, a aportar el esfuerzo y entrega que requiere.

Pero al principio dije que el pasado cobra todo su valor cuando somos capaces de asimilarlo, de incorporarlo a nuestras vidas. Ahora veo que también esta idea es objeto de una interpretación salvaje. Es lo que hacen los caníbales cuando se comen el corazón de su enemigo, para asimilar su valor. Lo que representa un reconocimiento, que está en la misma línea de lo que estamos viendo repetir a los especuladores, que eligen un hermoso paisaje o un valioso monumento y lo destruyen en beneficio propio, proclamando, al mismo tiempo, la importancia de ser actuales.

Lo que evidentemente produce confusión en la generalidad, e indignación en los que, sin otra reserva que un cierto sentido de responsabilidad, nos interesamos por la época en que vivimos y seguimos de cerca la labor de los que sí son la representación a escala universal de la creación artística actual. Resulta ridículo identificar esta obra, y la mentalidad que supone, con los productos sin sentido, auténticas basuras, que están inundando España, mientras se olvida la razón de ser de nuestra arquitectura, tan sabia como popular, y el carácter recio y profundo de nuestro arte.

Como reacción a actitudes de este tipo, nació en 1961 *Granada Nuestra*, cuando aún era menor el porcentaje, ahora impresionante, de pérdidas irreparables. Defendíamos el valor de las ideas, por las que hemos luchado, queríamos "despertar al espíritu adormecido de Granada", apelábamos

al sentido de responsabilidad para este quehacer común que debe ser nuestra ciudad.

Ya entonces pensábamos que, para cualquier actuación positiva, tendríamos que asentarnos firmemente sobre el presente, conociendo que sobre él gravitan todas nuestras posibilidades, pero también sabiendo que éstas se ampliarán prodigiosamente si procuramos que a él confluyan los logros y enseñanzas del pasado, lo que hemos heredado y estamos obligados a transmitir a los que nos sucedan.

Tanto para el futuro de nuestro Patrimonio, como para su tratamiento inmediato, esta postura supondrá un gran enriquecimiento frente a otros criterios cerrados, bastante extendidos, como son el frío conservadurismo, el arqueologismo despiadado, o las soluciones nuevas poco meditadas. Aun menos aceptables, cuando provienen de una mentalidad.

Cada caso requiere un tratamiento adaptado a sus distintas partes o aspectos; por supuesto, también a su importancia y, obligadamente, a los medios con que se cuente. No se puede actuar lo mismo ante un monumento único, como, por ejemplo, la Alhambra, que en el caso de una construcción que interesa como parte de un conjunto.

Al ponerme a escribir estas ideas, un tanto deslabazadas, que han tenido la amabilidad de escucharme, me sentí tentado a derivar hacia la consideración de un caso concreto en el que, como artista, encontraría mejor defensa. Es posible que así hubiéramos logrado ver, por ejemplo, cómo alterando los niveles de la Plaza de Bibarrambla y las proporciones de sus quioscos de flores, se ha destruído una gran parte de su belleza, o hubiéramos podido encontrar una

buena forma de rehacer un cuadro mutilado, sin alterar su contenido total, su sentido como obra de arte.

Pero entiendo que toda buena solución exige, tanto una adecuada competencia profesional, como la asistencia de un interés amplio y responsable que colabore a través del diálogo, de la crítica e, incluso, de la aportación activa, cuando ésta se justifique; pero invertir los términos, de entrada, sería una frivolidad de mal efecto y, seguramente, de no buenas consecuencias.

Como resultado de la reinante desorientación general, es fácil satisfacerse con la solución que pide un caso determinado, olvidando que es parte de una crisis profunda, que requiere un cambio total de enfoque, un planteamiento más amplio y distinto del actual, por supuesto, fuera del terreno movedizo de la política personalista de partidos y, no digamos, lejos de toda demagogia y resentimiento.

Ese diálogo que reclamamos, también debe justificarse y valorarse a través del nivel que seamos capaces de dar a la comunicación que representa. Por esto, mi aspiración siempre ha sido movilizar toda colaboración válida a este fin. Sé que en Granada hay muchas personas más capaces que yo de poner de relieve la importancia de atender a los que, aun siendo hoy por desgracia, una minoría, en el futuro deberán ser muchos y, en último término, siempre con su calor e interés representan la razón que justifica y hace posible la existencia de estas cosas por las que luchamos en bien de todos y, junto a ellas, la posibilidad de que se salve la calidad, el espíritu del hombre.

Que, así como parece seguro que en el futuro contará con mayores medios materiales, lo es también que cada vez necesitará más de esto que ahora está en nuestras manos.

Entiendo que la Academia tiene un cometido muy definido e importante que cumplir y, por esto, me incorporo a ella con ilusión, tratando de contribuir a éste, dentro de mis limitaciones.

Muchas gracias

CONTESTACION.
DEL
ILMO. SR. D. MIGUEL OLMEDO MORENO

EXCELENTISIMO SEÑOR:
EXCELENTISIMOS E ILUSTRISIMOS SEÑORES:
SEÑORAS Y SEÑORES:

La Academia de Bellas Artes de Granada recibe hoy, en la persona de Don Gonzalo Moreno Abril, a un hombre de múltiples y, al parecer, dispersas actividades, que, sin embargo, están tan íntimamente unidas, que, cualquiera que sea la que empecemos a describir, nos llevará siempre al centro mismo de la personalidad del nuevo Académico.

Para empezar, digamos, puesto que se trata hoy de su recepción en una Academia de Bellas Artes, que Gonzalo Moreno es pintor, pintor de raza, con dotes arraigadas en una tradición familiar y desarrolladas por estudios oficiales, iniciados en la Escuela de Artes y Oficios de Granada y proseguídos en la Academia de San Fernando de Madrid, en la que en tres años concluye los cinco años de carrera y Profesorado, completados con dos cursos de Mural, estudios que corona con el Premio Extraordinario del Estado en "Figura y Composición" (Pintura) y la Pensión al Pular y con el Premio Extraordinario de Paisaje, galardones de por sí "extraordinarios", como dice su título, pero que lo son aún más porque la promoción que con él se gradúa ha quedado como una de las destacadas en la historia de la Academia.

Pero Gonzalo no agota en la pintura su vocación artística. Gonzalo Moreno es artista en todos los actos de su vida, lo mismo en la elección de cualquier objeto de uso, como en la disposición de sus lugares de trabajo o en la rehabilitación de una casa de campo, tareas todas en las que logra revitalizar lo tradicional con la más depurada estética y con un sentido de adaptación a las exigencias de nuestro tiempo. Es artista no sólo en la valoración de lo que convencionalmente se considera artístico, sino de toda la realidad; artista, en el amor apasionado a su tierra y a sus gentes y a sus obras, lo mismo en lo monumental que en el humilde detalle de una obra de artesanía o de la más modesta realización de la arquitectura popular.

Es cierto que una parte importante de su personalidad la ocupa su condición de labrador, pero aquí vale lo que he dicho al empezar. En Gonzalo todo nace de un núcleo central. De todas las fuentes de riqueza, la que él cultiva y a la que se consagra es la más humanizada, aquella en que se da la más estrecha fusión entre el hombre y la tierra, la tierra madre, sustentadora, a la que Gonzalo contempla no con la fría mirada del calculador, ni con la angustiada del campesino, sino con la apasionada atención que merece ese rostro, tan expresivo como un rostro humano y que habla con un lenguaje, que, aunque mudo, llega siempre al corazón del hombre.

Gonzalo es especialmente sensible a la fusión de paisaje e historia, de ese equilibrio siempre renovado, siempre distinto, pero que no puede romperse porque se juega en ello el porvenir del hombre. De ahí su preocupación por conservar renovando, conservar adaptando, conservar sin romanticismos imposibles, sin soñar con paraísos perdidos, falsamente perdidos, porque nunca existieron, porque el pasado fue, en su momento, actualidad y, por tanto, realidad y esfuerzo.

Gonzalo Moreno no pierde nunca de vista la realidad y sus exigencias y él, que quizá más que otros pudo refugiarse en su torre de marfil y cultivar la pintura y gozar privada y egoístamente de la riqueza de su cultivada sensibilidad, ha sido precisamente el hombre que en la Granada de nuestro tiempo más ha contribuido a hacer labor colectiva y de conjunto que asegure para todas condiciones de una vida digna de ser vivida. Hombre de estirpe, ha sabido comprender que la condición de heredero no es privilegio de clase, sino condición esencial del ser humano. Ha sido la filosofía española de nuestra época la que más ha acentuado este componente humano esencial. El tigre de hoy es el mismo de hace mil años, decían por la misma época García Morente y Ortega y Gasset, y si el hombre de hoy se distingue del de la prehistoria es por su capacidad de asumir la experiencia de sus antepasados, asimilarla y superarla. Sin tradición no hay humanidad y por eso, "todo hombre es heredero", en frase de Ortega o "hijodalgo", según la bella expresión de Carlos A. Baliñas. Este sentido de herencia y tradición, que no separa, ni abre fosos, ni reivindica privilegios, es el del nuevo Académico, a quien hoy recibimos y que siempre ha luchado, desinteresada y responsablemente, por extender a todos nuestra herencia cultural, por preservarla para todos y a todos hacerla accesible.

Y es este espíritu suyo de generosa solidaridad el que, en 1.961, lo lleva a la creación de "Granada Nuestra", asociación dedicada a defender Granada y su provincia en todos sus aspectos, aunque con más decidida atención al estético y, de modo especial, porque así lo exigía la urgencia y la gravedad del tema, al urbanístico. Son, sin duda, muchos los hombres que han luchado por estos fines en la misma época. Pero Gonzalo Moreno fue el único que en Granada tuvo la idea de encauzar este propósito como empresa colectiva y tarea común. Fue así un precursor que se adelantó en

muchos años a “Europa Nostra” e “Hispania nostra” y a tantas sociedades y asociaciones como, afortunadamente, surjen hoy con idénticos ideales.

No son éstos la ocasión ni el momento de hacer el balance de “Granada nuestra”. Baste decir que, con la constante y valiosa asistencia y colaboración de los demás miembros, Gonzalo Moreno ha sido el alma de Granada Nuestra, su creador, su inspirador, su cerebro y su corazón. Desde su puesto de Presidente, ha dado por Granada la batalla mejor, cuando darla creaba recelos y hostilidades y se tergiversaba la actividad más positiva, presentándola como responsable del atraso económico de la provincia. Creo sinceramente que no existe hoy ningún granadino con más títulos, más legítimos y más probados, al reconocimiento y a la gratitud de nuestra ciudad. Con inteligencia y altura, con responsabilidad, con noble y generosa solidaridad, Moreno Abril ha estudiado a fondo los problemas de nuestra ciudad y nuestra provincia y, dado que es imposible hablar de nuestro Patrimonio artístico sin emplear términos bélicos, es preciso decir que ha dado la batalla hasta el final, sin vacilación y sin temor, haciendo verdad la sentencia que asegura que el valor es la primera de todas las virtudes porque es la que garantiza todas las demás. Gonzalo ha luchado siempre con entereza y valentía, respetando las personas, pero sin abdicar nunca de las convicciones ni de los principios. Al recibirlo hoy en su seno, la Academia de Bellas Artes de Granada reconoce, en la parte que le toca, esta deuda que Granada tiene con Gonzalo Moreno Abril, a quien ya la Academia de San Fernando nombró académico correspondiente, convirtiéndolo así en embajador de nuestro arte y nuestra cultura en esa Corporación de rango nacional y a quien hoy la Academia de Granada revalida y confirma como defensor excepcional de esos valores. Permitid que, en nombre de los Académicos actuales que pertenecen a “Gra-

nada Nuestra", en el de los demás miembros de la Asociación y en el mío propio, exprese yo ahora la íntima satisfacción y el orgullo con que nos asociamos a este honor que tan merecidamente, así como el profundo cariño con que acompañamos en este acto a nuestro director y guía en el combate por Granada y al amigo delicado y seguro, generoso, cordial, cultivado, cuya amistad nos hace sentir por qué ha sido siempre tan valorada esta dimensión fundamental de la convivencia humana.

Muestra de la importancia de la tarea de Gonzalo Moreno es el discurso que le acabamos de escuchar sobre el necesario replanteamiento del problema de nuestro Patrimonio artístico. Grave responsabilidad de nuestra generación es el no haber dado muchas batallas necesarias y el haber dado, de antemano, por perdidas, otras que podían haberse ganado. Pero también es triste empeñarse en batallas mal planteadas, en condiciones que hacen imposible o inútil la victoria. Lo primero que necesitamos en la lucha por nuestro Patrimonio Artístico es cambiar el marco en el que se ha de jugar su preservación y mejora, cambiar los planteamientos. Para los que tenemos experiencia de esta labor, cada uno de los párrafos del discurso de Moreno Abril marca una pauta esencial. En su aparente sencillez, cada uno señala un cauce, que deberá seguirse hasta llegar a esa "política de sensibilidad", que es la única posible para el tratamiento de nuestro Tesoro artístico. Política sensible, que sólo pueden hacer personas sensibilizadas y que jamás se logrará mientras decisiones vitales sigan dependiendo de quienes si dan importancia a estos temas es porque ven que otros se la dan, pero no porque ellos por sí mismos la vivan y la sientan.

Recibe, pues, hoy esta Academia a un hombre de cultura y de sensibilidad, de intuición y reflexión, que atesora la experiencia de una larga lucha por hacer del arte y la cultura

una realidad actual, social, compartida y vivida. Dificilmente podía haber elegido la Academia a otra persona que, como Gonzalo Moreno Abril, encarnara la necesidad primaria, urgente, de nuestro momento: Conservar los niveles de calidad, de exigencia, de perfección, de disciplina, de fidelidad a normas indispensables, para desde ellas hacer frente a las exigencias imperiosas y dramáticas de los tiempos presentes. Cuando las "Academias" sufren la erosión que padece hoy todo lo formal, cuando las "discusiones académicas" se han convertido en el prototipo de las discusiones en el limbo de lo irreal y ajeno a la vida, la Academia de Bellas Artes de Granada al llamar a su seno a Gonzalo Moreno demuestra su voluntad de cumplir su cometido, manteniendo su altura e imparcialidad académicas, pero sin rehuir la realidad y dispuesta a que la cultura de nuestro tiempo anime y vitalice la realidad con la profundidad, la calidad y la dignidad a que no se puede renunciar en ningún caso.